

su tiernísima devocion, hácia su glorioso Padre San Felipe, al Angel Santo de su guarda, y á otros varios Santos. Imitémosle.

Se rezan los tres Padre nuestros, &c.

ORACION:

Dios y Señor nuestro, eterno amor y eterna caridad: dignate ver con ojos propicios nuestra flaqueza, y por la intercesion de tu amante siervo el Bienaventurado SEBASTIAN, haz descender sobre nosotros el Espíritu de tu amor, para que abrasados por él durante nuestra peregrinacion en el mundo, gozemos de tí en la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina en unidad del mismo Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

DIA CUARTO.

DE LA ORACION DEL BEATO SEBASTIAN.

Todo el tiempo que no estaba dedicado el Beato SEBASTIAN al servicio del prójimo, lo empleaba, como su P. S. Felipe, en oracion continua. Nunca faltó al ejercicio diario de Oracion, que se tiene públicamente en el Oratorio. Si al acercarse la hora se hallaba fuera de casa, ni la mas deshecha lluvia, ni la nieve, ni cosa alguna lo detenía para volverse al Oratorio. Siempre se admiró en él, que ni al fin de su avanzada edad, ni cuando estaba molestado de sus achaques, se dispensó jamás de estar de rodillas todo el tiempo de la Oracion, siendo así que podia sentarse ó apoyarse: mas fué condescendente con los demás en este punto, pero nunca consigo mis-

mo. Cuando estaba enfermo, que no podia moverse de la cama, hacia que se leyera el punto de la Meditacion, y pedia que le dejaran solo. Pero alguna vez el padre enfermero quedaba allí cerca, y le oía desahogar su amante corazón en la presencia del Señor con fervorosos afectos, que no conteniéndose en el silencio del interior, los esplicaba con suspiros y con palabras llenas de fuego. Cada año interrumpia sus incessantes fatigas, y se retiraba á hacer los Ejercicios espirituales de San Ignacio. Deseaba que todo el mundo hiciese lo mismo; y era de opinion, que las personas que viven en comunidad los hiciesen de manera, que fueran hermanados con sus mismas ocupaciones y oficios ordinarios; mas guardando un rigoroso silencio; *porque, añadia, de este modo no se*

carga nadie con el oficio ageno, y cada uno aprende á desempeñar el suyo con silencio y santo recogimiento.

Era tan estrecha la union de su alma para con Dios, que en todas sus acciones se conocía con claridad que andaba interiormente embriagado en el suavísimo vino de su abrasado amor: y Dios, como ya se ha dicho, entretegía estas dulzuras, con la fortísima prueba de la desolacion, del desamparo y del terror que le producía la memoria del juicio divino. Todos los dias sucedía, que andando en las calles de Turín, como N. P. S. Felipe en las de Roma, iba tan absorto en Dios, que le saludaban y no advertía, ni correspondía al saludo, si el compañero no se lo avisaba.

Con mucha frecuencia estaba repitiendo: *Alabado sea Dios; y com-*

pendiendo en breve los actos de las Virtudes Teologales, decia incesantemente: *Creo en tí, Dios mio, en tí espero y te amo.* Otras veces no podia contenerse, y gritaba: *¡Oh amor! ¡amor! ¡O amado mio: cuando llegará el día en que rotos estos lazos, vuele á unirme contigo, único bien mio!*

Siempre rezó de rodillas el Oficio Divino, y por lo comun en la iglesia ante el altar del Santísimo Sacramento. A todos los sacerdotes aconsejaba que hicieran lo mismo, y decia, que si por necesidad lo tenían que rezar sentados ó con la cabeza cubierta, lo hiciesen donde ninguno los viera. Del mismo modo quería que se rezaran cualesquiera otras oraciones, que, como S. Felipe Neri, aconsejaba, que fueran pocas, pero bien rezadas.

Era tan continuo en la leccion es-

piritual, como en la oracion; y para ella aprovechaba cuanto tiempo tenia; bien en la iglesia, en el confesonario, en el aposento; de dia, de noche, ahora sano ó enfermo. Los libros que prefería, eran los *Ejercicios de Perfeccion*, del P. Alonso Rodriguez; despues las vidas de los Santos, y entre ellas, en primer lugar, la de S. Felipe Neri, la de S. Carlos Borroméo y de S. Francisco de Sales. Estos libros leía y releía muchas veces, desaprobando la devoradora lectura de muchos libros, porque decía, que esto *no es mas que curiosidad y no devocion.*

Fué muy poderosa su oracion ante Dios: se puede decir, que alcanzó de su Magestad cuanto pidió. Habia un sugeto contraido una ilícita amistad, de que nadie pudo arrancarlo; parientes, amigos, correccio-

nes, todo era inútil. Se ocurrió por último recurso al Beato, rogándole que orara por él. Apenas acababa su oracion SEBASTIAN, cuando aquel miserable se sintió cambiado súbitamente, y lleno de horror por la gravedad de su culpa, abandonó su infame amistad. Pidámosle encarecidamente que ruegue por nosotros, para que salgamos de nuestros vicios y aprendamos las virtudes.

ORACION.

Dios de toda piedad, que pusiste tanta eficacia en las oraciones de tu siervo; haz que favorecidos por ellas ante la Magestad de tu trono, alcancemos las gracias que están prometidas á los que oran y piden sin intermision y sin descanso. Házlo, por Jesucristo nuestro Señor, que

vive y reina contigo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Los tres Padre nuestros, &c.

QUINTO DIA.

AMOR QUE TUVO AL PRÓJIMO EL BEATO
SEBASTIAN.

Es muy sabido, que el amor de Dios y del prójimo, están estrechamente unidos entre sí. Cuánto sería el amor que tuvo á Dios el Beato SEBASTIAN, cuando su amor al prójimo fué tan constante, tan universal, tan heroico, que sin ninguna esageracion puede decirse, que nunca este Santo hombre vivió para sí; y vivió ochenta y un años; sino que siempre, siempre vivió para sus prójimos. Misericordia, benevolencia,

compasion, ternura, afabilidad, indulgencia, cuantos afectos produce en el alma el amor, tantos ejercitó á todas horas y en todo instante, en un grado sublime y altamente, ennoblecido por el espíritu que animaba esos afectos, y era el honor, la gloria, el amor de Dios, y la salvacion de las almas. Apenas hubo pecador, por duro y obstinado que fuera, que pudiera resistir á su dulzura, á sus cariñosos modales, y á sus inflamadas exhortaciones. No faltaron personas que quisieron engañarlo, fingiéndose convertidas para aprovecharse de sus limosnas: pero aún descubriendo esta maldad, no se irritó jamás, ni se dió por vencido, trabajando en ganarlas de veras á Dios por todos los modos posibles. Una vez sola se le vió dejar á aun lado la dulzura, y aplicar

un castigo públicamente. Fué el caso, que atravesando una calle donde estaba un hombre que tenia la horrenda costumbre de flasefemar, por la cual ya se le habia amonestado y corregido, le oyó que en aquel acto estaba profiriendo detestables blasfemias, y movido de un particular espíritu, horrorizado, y conmovida su alma purísima y amantísima de Dios, de aquel escandaloso ultraje que se le hacía, se acercó al blasfemo y le dió una fuerte bofetada. Aquel hombre de un natural soberbio y de brutales y feroces costumbres, contra la expectativa general, quedó hecho un cordero, sin proferir una sola palabra, y lo principal y mas admirable, quedó para siempre corregido de su horrible impiedad. Prueba inequívoca de que en esa accion, fué el Beato movido por un singu-

lar espíritu. Este mismo espíritu, el gran respeto que se tenía á su elevada santidad, y el fuego del honor de Dios que abrasaba y consumía sus entrañas, le hacian introducirse frecuentemente en las casas de gente disoluta y libertina, yendo siempre acompañado; y hallándose en medio de aquellas deshonestas reuniones, les afeaba con tanto celo y fervor la gravedad de sus culpas, y las ofensas que allí cometían contra Dios, que avergonzados y confusos se salían los concurrentes, comprometiéndose algunos á ocurrir á él en la iglesia de la Congregacion, para que los confesase. A las mugeres hacia recibir en algun recogimiento, donde con gran dulzura y suavidad, las hacía abrazar el camino de la penitencia, sosteniéndolas en lo temporal, y dotando algunas

de ellas para que se colocasen en el estado del matrimonio. De esta manera sacó del cieno de los vicios mas de doscientas.

En el año de 1776, en que estuvo sitiado Turín, como habia sido menester encerrar en la ciudad gran número de tropas, se colocó á muchos soldados en los portales de la plaza de S. Cárlos, donde unos dormían al descubierto y otros dentro de carros, por no haber ya otro lugar en qué recogerlos. Había entre ellos varias mugeres, por lo que el celo del siervo de Dios encontró desde luego mucho en que ejercitarse, rondando principalmente de noche aquellos portales, por quitar la ocasion de los pecados, con sus consejos, con sus providencias y con su presencia, que era tan respetable, que hacía temblar á los mayores malva-

dos, y enmudicía á los mas atrevidos. Nadie se resistió, todos le obedieron en el largo tiempo que duró en este afán. Era tanto el respeto que generalmente se le profesaba, que sabiendo que habia un convite poco honesto, en una casuca cerca de la parroquia de S. Eusebio, se dirigió á ella, y llegando á la puerta exclamó en alta voz: *¿que se hace aquí?* La respuesta fué salirse cuantos allí estaban. Entónces él mismo echó llave á la puerta, y se la llevó consigo, sin que nadie se la pidiese, ni ocupase la casa por mucho tiempo. Se le llegó á llamar el *perseguidor de los pecados*, y para estirparlos, buscaba quien le ayudase en sus apostolicas fatigas, y eshortaba vivamente á los sacerdotes á que se dedicasen al confesonario, donde él se hallaba á todas horas. Ven-

cidas grandes dificultades fundó en Ferrara una Congregacion de Misioneros de S. Vicente de Paulo, aplicando á esto parte de los bienes de la Marquesa de Villa, que lo dejó por su albacea.

Los tres Padre nuestros, &c.

ORACION.

Dios infinitamente bueno, que así amaste al mundo, que entregaste por él á la muerte á tu muy amado Unigénito: haz, por los méritos de tu Venerable siervo SEBASTIAN, que vencidas nuestras malas inclinaciones, nos amemos unos á otros con caridad ardiente y sincera. Te lo rogamos por tu mismo Unigénito Hijo, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.

DIA SESTO.

EXTRAORDINARIA SOLICITUD DEL BEATO EN LA ASISTENCIA ESPIRITUAL DE LOS ENFERMOS, Y EN EL SOCORRO DE LOS POBRES.

De qué aprovecha, decia, que estemos prontos á servir á nuestros prójimos, confesándolos ó doctrinándolos en el púlpito, si les faltamos con nuestros auxilios en el muy peligroso trance de la muerte? Partiendo de este principio, jamás pudo cosa alguna, consideracion ninguna, detenerlo ni desalentarlo en la asistencia de los enfermos y moribundos. Contra todas las razones de la falsa prudencia, contra todas las molestias é incomodidades del tiempo, de su edad ó de sus achaques, les visitaba con frecuencia, los disponia suave y amorosamente á recibir los Sacramentos, los echshortaba eficazmente á la resigna-

cion y contormidad, y aún velaba muchas noches continuas á su cabecera, sin enfado, sin asco de la suciedad y pobreza de los enfermos, y sin proferir una sola queja. El hermano Andrés Robbioni, que fué muchos años portero de la Congregacion, atestigua: que en cualquiera hora del dia ó de la noche en que se le llamára para un enfermo, lo encontró siempre prontísimo á salir; y varias veces sucedió, que habiendo salido á media noche, apenas estaba de vuelta en casa, cuando volvian á llamarle, y con su inalterable paz y prontitud acostumbrada, salía inmediatamente. Durante el sitio que sufrió Turín por el ejército francés, se le vió todos los dias ó en el hospital militar confesando á los heridos, ó en los baluartes, corriendo al primer grito

que oía, y precisamente se le veía ocurrir á los puntos á donde mas se dirigían las baterías enemigas, y allí, en medio de un diluvio de balas, asistía á cuantos caían víctimas del furor de la guerra, exhortándoles á la contrición y penitencia. Igual caridad y asistencia le debían los ajusticiados. Muchos fueron los que confesó y acompañó hasta el patibulo; y no fueron pocos los que obstinados é impenitentes, le hicieron redoblar sus esfuerzos y cuidados para reducirlos, como efectivamente los redujo á la penitencia, de un modo admirable. Varias personas se habian fatigado toda una noche inútilmente en ablandar á uno de estos desgraciados; pérdidas del todo las esperanzas, ya al amanecer, se ocurrió al Beato SEBASTIAN como último recurso: el

que fué á llamarle, apenas llegó á la puerta de su aposento, cuando oyó que de dentro le decía, *voy inmediatamente á confesarlo*; quedando sorprendido de que sin verlo, ni haber oído su mensaje, le respondiera. Llegado al calabozo pidió á los presentes que con él rezasen ciertas oraciones para alcanzar de Dios la conversion de aquel miserable: apenas habian comenzádolas, cuando lleno de compuncion y arrepentimiento, empezó á gritar, que queria confesarse y morir como cristiano.

Yendo una vez acompañado de un Cura, paró repentinamente en la puerta de una casa, y con vivas instancias le hizo que subiera al último piso: lo verificó, encontrándose en él á una pobre muger en agonía, acostada sobre la paja, y del

todo desamparada. Comenzó á ejercer con ella su sagrado ministerio, la absolvió y recomendó el alma y la vió espirar plácidamente. A un Padre de la Congregacion hizo salir despues de la media noche, sin que nadie le llamara, mandándole solamente que se fuese de largo por una estensa y muy poblada calle: hízolo así, y hábiéndola casi andado toda sin encontrar á nadie, vió de repente abrir una puerta y salir una muger que le dijo llena de dolor, que su marido acababa de accidentarse y salia por un confesor. Encontró en efecto al hombre agonizando, que al verlo se reanimó, y espiró despues de haberle confesado.

Se hallaba en Turín un personaje Alemán, enviado de su córte, por un motivo de etiqueta: enfermó de fiebre, y en una de las noches en

que no aparecía signo alguno de muerte, se reunieron en una pieza todos los que le asistían para tomar descanso, y siendo media noche, y estando cerradas todas las puertas del palacio, se les presentó repentinamente el BEATO preguntando por el enfermo. Llevado á su estancia, se detuvo con él hasta la madrugada, en que se retiró sin decir una palabra. Ocurrieron los domésticos y encontraron ya muerto al Conde: antes habian tenido cuidado de registrar las puertas, y todas las hallaron cerradas.

Estaban otra vez dos sacerdotes auxiliando á una moribunda, y rezando ya el *De profundis*, por creerla muerta, entró el BEATO y acercándose á ella le puso la mano en la cabeza, llamándola dos veces. Abrió entónces los ojos y con voz espanto-

sa exclamó: *Iba á ser condenada, por no haber habido quien me sugiriera un acto de contrición; y mirando al BEATO, continuó: ¡A Padre! en el punto de mi muerte, cuando creía con seguridad que iba á salvarme, Dios me ha mostrado que me habria condenado por la soberbia::: Iba á decir mas; pero el BEATO no la dejó proseguir, amonestándola paternalmente al arrepentimiento de sus culpas.*

○ Cuando era tan niño que apenas puede decirse que le alumbraba la razon, mostró un amor extraordinario á los pobres. No habiendo en su casa que darles, se ponía á llorar lastimosamente, hasta que conmovidos los vecinos iban á informarse de la causa de su llanto, y sabida, les daban la limosna que él no habia podido darles. ¿Que se debia

esperar de él en su mayor edad, cuando tan temprano habia despertado en su alma la misericordia? Así fué, que siendo pobre toda su vida, repartió sin embargo en limosnas, un millon seiscientos cincuenta mil francos, de la moneda que hoy corre en Turín. Si le faltaba con qué socorrer la necesidad que tenia á la vista, se le oprimía el corazon con dolor tan vehemente, que suspirando y con las lágrimas en los ojos, ocurría primero á Dios y despues á los ricos, para obtener el socorro que necesitaba. Solicitaba dinero para las comunidades pobres, como lo hizo para los hermitaños de S. Agustin. Era el continuo limosnero del Hospicio de la Caridad, para el que andaba solicitando los socorros del soberano de Turín y de los ricos. Puso maestros que en-

señaran á leer y escribir á los muchos pobres que allí se encierran; y tanto bien les hacía, que cuando tuvieron la noticia de su muerte, honraron su santa memoria con un llanto general, y con demostraciones de profundo sentimiento. Sabiendo que en el hospital de S. Juan Bautista, por dar lugar á nuevos enfermos se despedían otros á media convalecencia, lo que hacía que recayeran en sus males y murieran, logró con parte de los bienes de la testamentaria de la marquesa de Villa, que se les destinaran veinte camas, y cuatro mas para los incurables. Tenía en su aposento toda clase de ropa y comestibles, que ordinariamente repartía y hacía que otros repartieran. Llegó una vez á tener en su rededor tres mil pobres, á todos los que distribuyó un

regular socorro de pan y dinero. Si sucedia que en medio de tanto bullicio y tantas atenciones (entre las cuales siempre conservó su celestial y admirable tranquilidad) se le pasase algun pobre sin socorrerle, y de ello se acordaba estando ya de noche en la cama, se levantaba inmediatamente á corregir su olvido. Una vez, siendo ya de cerca de ochenta años, se quitó su vestido en medio del frio mas rigoroso, para darlo á un pobre casi desnudo que fué á pedirle limosna. Otra vez se echó á cuestras y llevó á una casa á un mendigo tan sucio y asqueroso, que no podia verse sin basca. A los presos y presidarios, gente feroz y desalmada, dominó tanto á fuerza de beneficios, que lo amaban y respetaban como á su Padre. Mu-

chos, muchos ganó para Dios, conservándose despues muy honrados y buenos cristianos. A los artesanos pobres compraba carísimos sus efectos, sin haberlos menester, solo por socorrerlos, y les daba la comida en las fiestas principales del año, para que no tuvieran necesidad de trabajar en ellas. Andaba siempre buscando protectores entre los ricos y señores de la córte, para los forasteros que venían á élla por sus negocios, para que así sufrieran y gastaran menos. Socorría con profusion á los pobres vergonzantes; y sabiendo una vez que una jóven de familia muy noble, reducida á un estado miserable, habia tenido una caída vergonzosa, lleno del mas profundo dolor ocurrió á un hombre caritativo, que le dió mil escudos, que sirvieron para casarla, y llegó á ser

espejo y ejemplar de madres de familia. Hallándose una ocasion muy afligido porque nada tenia que dar á una multitud de pobres que le esperaba, le trajo un ángel, en forma visible, un talego lleno de oro: esto no sucedió solamente una vez. En otra semejante afficcion ocurrió al altar de N. P. S. Felipe, para pedirle con qué socorrer tanto pobre que le cercaba, y volviendo al aposento, que habia dejado cerrado, halló puesto sobre la mesa el dinero que necesitaba. Dios le revelaba frecuentemente las necesidades para que las remediara, y entre los varios casos sucedidos, es notable el siguiente. Una jóven de diez y seis años tuvo la desgracia de casarse con el hombre mas brutal y zeloso del mundo: la sacó del poblado, y la llevó á vivir á una

choza en medio del campo á poca distancia de Turín. Allí la tenía todo el dia encerrada, sin darle mas que un poco de pan, y ¡cosa inaudita! tan escasa racion de agua, que apenas podia aquietar la sed. Un año llevaba de esta bárbara prision, cuando se determinó á quejarse. Lo hizo llorando y rogando á su marido con toda dulzura, que le diese otro trato menos duro: pero aquel bruto correspondió su humildad con injurias y golpes, tales, que la dejó casi al perder un ojo. Marchóse en seguida, sin darle ni un mendrugo de pan, y dejándola encerrada como siempre. Quedó aquella infeliz anegada en llanto, luchando con el tormento de mil encontradas pasiones, y sufriendo cruelísimas angustias. Sentíase ya, en medio de tanta afliccion, tentada á quitarse la vi-

da; cuando, de repente se abre la puerta y se le presenta el BEATO SEBASTIAN, á quien no conocía. Un poco se alegró al principio, mirando aquel rostro de ángel; pero la memoria de su terrible verdugo la aterra inmediatamente, y suplica al SANTO que se retire. Mas éste le inspira confianza, la consueta y eshorta á continuar sufriendo todavía su pesada cruz con resignacion y paciencia; le sana el ojo, le deja pan, vino y otros manjares, y se despide, quedando cerrada la puerta como lo habia estado. Viene al dia siguiente el marido, y como en vez de encontrarla muerta de hambre, halla los restos de la comida, la enviste con furor de demonio, y la habria quitado la vida, si Dios, protector de la inocencia, no hubiera llevado allí segunda vez al BEA-